

Mario Guiral Moreno

Mayo 28/54

Un Monumento a la Incultura

¡QUE lejos estaba don Leopoldo O'Donnell, el "Tigre de Lucena", cuando hizo construir por los años 1844 y 1845 la torre del Castillo del Morro, que un siglo después aquella torre, considerada durante largos años, conjuntamente con su luminoso fanal, como uno de los más bellos faros del hemisferio colombino, iba a ser convertida en un monumento a la incultura, erigido a la entrada del puerto habanero, en la muy civilizada y progresiva región del Caribe!



GUIRAL
MORENO

Y así ha sido, en efecto, al cometerse recientemente el crimen de lesa cultura —perpetrado ante el asombro y la indignación de todos los cubanos y extranjeros amantes del buen gusto y la estética— de enlucir las paredes exteriores y pintar de color amarillo-verdoso, esa esbelta torre cuya principal belleza consistía, precisamente, en ostentar como señal inequívoca de su vetusta existencia, el despiece de su magnífica sillería, realizada por la inconfundible pátina del tiempo.

Lo hecho con nuestra histórica farola —no nos referimos, desde luego, a la sustitución y modernización de su anticuada linterna— tiene mucha similitud con el caso de una respetable anciana que, para lograr una grotesca ficción de juventud, se nos presentara de la noche a la mañana con el albo pelo teñido de negro o de rubio, los cachetes cubiertos de cascarilla y arrebol, los labios enrojecidos por el carmin, los ojos pintados simulando grandes ojeras, y con rasgos de creyón en la comisura de los párpados, sin tener en cuenta que ese ridículo maquillaje haría contraste con la piel flácida del cuello y las arrugas

del rostro, demostraciones evidentes de inocultable vejez. Así ocurre también con nuestra farola del Morro, cuyo actual remozamiento hace un marcado contraste con los muros del viejo Castillo, reconstruido a fines del siglo XVIII, durante el gobierno del Conde de Ricla, y con la vecina fortaleza de La Cabaña, de la misma época, hasta ahora respetados por los pintores murales que padecemos.

Hasta la pluma rebelde de un periodista tan vinculado al actual régimen como lo es nuestro ilustre amigo y admirado compañero Ramón Vasconcelos, ha protestado en un reciente artículo que intituló *El maquillaje de la anciana Farola*, contra el agravio inferido a la estética urbana en la misma entrada del puerto, recordando oportunamente que ya en otra ocasión, siendo entonces también Presidente de la República el actual Jefe del Estado, se intentó darle una lechada al edificio del Palacio Presidencial, pudiendo evitarse la consumación de tal despropósito por la oportuna intervención de aquél, quien hizo paralizarse inmediatamente el trabajo ya comenzado; lo cual es un antecedente demostrativo de que el Primer Magistrado, de la República, tanto en su periodo constitucional anterior como en su actual etapa de gobernante de **hecho**, ha tenido entre sus más cercanos colaboradores a grandes **amateurs** de la pintura de brocha gorda, cuyas huellas han seguido, para desgracia nuestra como pueblo civilizado y progresista, esa infinidad de individuos que han convertido a esta capital y a las principales ciudades del interior de la República, en una exposición pública de la más burda chabacanería, al pintorear las fachadas de numerosos edificios con enormes letreros de propaganda política grotesca e incivil.

Lo más curioso del caso es que los autores del desaguasado, queriendo justificar lo injustificable, trataron de "tupir", o mejor di-

cho "tupieron" al director de **Alerta** —puesto que el gran periodista dió la explicación sin refutarla ni desmentirla— diciéndole, al igual que lo han hecho con todos los demás protestantes, que lo realizado obedecía a "la necesidad de armonizar la pintura exterior de la Farola con las estipulaciones de los Cuadernos de Faros", cosa incierta, pues —según ha dicho la revista *Carteles* en la magnífica información gráfica que aparece en su último número— cada nación tiene el derecho de pintar sus faros del color que estime conveniente, sin otra obligación que la de hacer constar el dato, junto con todos los demás detalles en los Cuadernos del Servicio de Faros.

Justamente, en el que tenemos a la vista, se describe el faro del Morro de La Habana diciendo que es una "Torre de sillería de forma tronco-cónica, y de color blanco amarillento que tiene escrito el nombre de O'Donnell", consignándose también los otros datos referentes a su situación relativa, coordenadas geográficas, carácter y color de las luces, alcance en millas náuticas, altura en metros del foco, sobre el mar y sobre el terreno, clase y orden del aparato lumínico, etc., todo lo cual habrá que rectificar ahora con motivo de la colocación de la nueva linterna; pero no en cuanto al color de la torre, pues siendo éste el blanco amarillento, era él precisamente el que tenía la piedra de sillería, casi blanca, con el tono amarillento dado por la pátina del tiempo, antes de hacerse el revoque y darse la nueva pintura de aceite, que sólo sirve para ocultar la verdadera estructura de la torre de sillería.

Creemos que debe ser prontamente rectificado el grave error cometido, para evitar que, por haberse pintado —como dice Vasconcelos— "las piedras patinadas y respetadas por los siglos", el Faro del Morro se convierta en un gran monumento levantado en nuestra patria a la incultura.

M. Mayo 28/54

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA